



El Eco de Cartagena

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

AÑO XLIII

SABADO 17 DE MAYO DE 1902

NÚM. 120152

DERRIBO DE LAS MURALLAS

¡POR FIN!

Hace quince años, en fecha exactamente igual á la de hoy, nos ocupábamos también de las murallas pidiendo su derribo; y á objeto de robustecer la súplica que hacíamos á los poderes públicos, convocamos para el siguiente día, festividad de la Ascensión, á toda Cartagena, para que congregada en manifestación imponente, en que se confundieran todas las clases y categorías acudiera á las autoridades locales, civil y militar, exponiéndoles el común deseo de que fueran derruidos los muros que ya por entonces eran considerados como enemigos de nuestra salud.

La manifestación se celebró el día señalado. Concurrieron á ella quince mil personas, destacándose sobre la muchedumbre las banderas y los estandartes de las colectividades, pues todo lo que en esta ciudad constituye una fuerza, ya sea del comercio ó la industria, de la prensa ó de las corporaciones, ya oficiales, ya recreativas, se sumó á aquella manifestación del sentimiento público, que al grito de ¡abajo las murallas! protestaba de vivir oprimido sin otra libertad de desarrollo que la de vivir amontonado.

Perdidos entre el gentío que llenaba las calles; influidos por el medio ambiente que avivaba el deseo de traducir en realidad las ilusiones que sentíamos; oyendo aquellos gritos estruendosos, formidable protesta de un pueblo que vivía hacinado y muriéndose, experimentando ya los primeros efectos de la terrible epidemia palúdica que después sobrevino, de la cual no podía defenderse transformando sus condiciones de vida en otras más higiénicas por oponerse á ello el pétreo cinturón que la oprimía, llegamos á creer que la hora de nuestra redención era aquella hora de la protesta unánime, de la petición en común, de la súplica colectiva, en la cual se sumaban los partidos acallando sus diferencias, los periódicos poniéndose al servicio de una causa justa, la ciencia con su autoridad, el comercio y la in-

dustria con sus intereses y la masa trabajadora con la fuerza del número; oyendo aquellos gritos estruendosos—repetimos—y contemplando el entusiasmo de tanta gente aunada para pedir lo mismo, pensábamos que los muros no resistirían tal demostración. Mas salió al paso la rutina con sus mil expedientes dilatorios; se aprovechó de que el deseo no puede realizarse cuando no se dispone de elementos apropiados y como no disponía de los necesarios no pasaron aquellas risueñas esperanzas de ser ilusiones mentirosas.

La manifestación hizo su efecto momentáneo, pero dejó huella; y aunque el ayuntamiento de aquél entonces hizo cuanto le fué posible hacer, su labor se estrelló contra preocupaciones rutinarias que han sido hasta hace poco barrera infranqueable.

Por acuerdo tomado en la sesión celebrada el 12 de Mayo de 1887, se pidió el saneamiento y la demolición de las murallas, y á confirmar ese acuerdo tan grato para todos vino la manifestación del 18 de igual mes.

Ojeando los papeles antiguos que en nuestro poder obran, encontramos uno que contiene el mencionado acuerdo y los nombres de los concejales que le dieron su voto. Eran veintiocho y de ellos quedan quince; los demás bajaron á la tumba. Los primeros son D. Leopoldo Cándido, á la sazón alcalde; D. Antonio Oliver, don Luis María de Molina, don Antonio Conesa, don Fabián Méndez, don Pedro Sánchez, don Alberto Colao, don Angel Delgado, don Nicolás Berizo, don Juan Paco Lorente, don Emilio Pagán, don Mariano Jiménez, don Sandalio Alcántud, don Julio Soler y don José Vidal. Los segundos son don Miguel Valarino, don Ramón Arroyo, don Arturo López, don Manuel Antón Nuñez, don Antonio Ortíz, don Angel Toledano, don Narciso Roig, don Enrique González, don Juan González, don Pedro Conesa, don José Barceló, don Federico Torralba y don Juan Bas. Aquellos han podido ver realizados al fin su generosa iniciativa. Los

otros pasaron de este mundo mucho antes de ver la realidad; más sírvales este recuerdo de sus nombres de satisfacción á sus espíritus.

Quince años han transcurrido desde aquella fecha y todo ha cambiado menos el propósito de convertir en realidad el deseo. Lo imponía la necesidad, el instinto de defender la vida y ante el había de rendirse lo que se oponía á la razón, constituyendo la negación sistemática de una ley divina: la ley del progreso.

Desde 1886, todos los ministros de la Guerra que se han sucedido, han opuesto una terminante negativa á la petición de que se derribaran las murallas.—Pídanme ustedes todo lo que desean para Cartagena, pero no me pidan que toque á esos muros—decía el general Martínez Campos. Y los cartageneros, espoleados por la necesidad, seguían pidiendo y los ministros seguían negando.

Pero vino Weyler con el pensamiento lleno de ideas modernas. Hombre de su tiempo, amigo de la fórmula y no del empirismo, sabiendo y aquilatando el valor de las cosas, ha tenido el de romper con todas las rutinas; y al recibir la petición de los cartageneros, se mostró propicio, dejando á salvo el interés de su departamento, que no es el de conservar cosas inútiles, sino el de transformarlas en elementos de defensa por medio de enagenaciones y permutas.

Los elogios que de él hizo ayer el alcalde en la sesión extraordinaria, merecidos los tiene. Las alabanzas que le prodigó el señor Antón eran justísimas. El acuerdo declarándolo hijo adoptivo, por aclamación, no es más que el cumplimiento de una deuda de gratitud, que ni aun con eso queda saldada; porque si más honores pudiera conceder Cartagena, los merecería el ilustrado ministro que rige el departamento de la Guerra.

Gracias á él hemos llegado á este dichoso día, tan distinto y al mismo tiempo tan semejante de aquel otro de hace quince años. Día de fiesta era entonces; santi-

ficado por la iglesia; día de fiesta es el presente, impuesto por acontecimiento nacional. Conmemorábase en aquella ocasión la Ascensión de la magestad divina. Celébrase hoy la ascensión al poder de la realeza humana. Esperanzas de bienestar llenaban nuestro espíritu necesitado de un más sano y resistente cuerpo. Esperanzas de regeneración lo llenan hoy también. ¡Abajo las murallas! gritábamos entonces esperando que de las alturas bajara el permiso para demolerlas. ¡Abajo las murallas! gritamos hoy también. Pero mientras en aquella ocasión poníamos la energía en el grito para que llegásemos alto, en esta lo ponemos en la mano que empuña la piqueta para que el golpe dado en las murallas haga estremeerse desde el parapeto á la cimentación.

Ayer poníamos en los labios la súplica. Hoy ponemos la voluntad en el brazo. Ayer pedíamos la demolición de las murallas como medio de restablecer nuestra salud. Y puesto que quien puede nos ha concedido lo que tanto anhelábamos, y ya de nosotros depende procurarnos aire y expansión, ¡arriba la piqueta y abajo las murallas!

LA INAUGURACION

Desde las primeras horas de la mañana, la población ofrecía aspecto animadísimo. No se podía dudar que estábamos de fiesta. De doble fiesta podríamos decir: la general por el acontecimiento nacional que hoy se celebra y la local, la íntima, la que suma todos los pensamientos y aun todas las voluntades y no tiene enfrente ni un sólo adversario.

En los balcones van apareciendo las multicolores colgaduras que se exhiben en los días de gran regocijo. Al paso de las músicas el espacio se llena de armonías y el movimiento de la sangre se acelera en las venas, llevando al corazón ráfagas de alegría. A las ocho y media comienzan á llegar los concejales al Ayuntamiento. La brigada de zapadores-bomberos acude al parque en busca de sus herra-